

La doncella andante en los libros de caballerías españolas: la libertad imaginada (II)¹

M.^a Carmen Marín Pina
Universidad de Zaragoza

Aunque soy donzella, también ando por
el mundo buscando las aventuras. (*Félix
Magno*, III-IV)

Al comentar el Proverbio de Salomón “Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde”, Fray Luis de León explica en *La perfecta casada* que “el espacio por donde ha de menear los pies la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y, como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas” (León 157). El lugar de la mujer, especialmente el de la casada, es la casa, pues “como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento” (León 158). La máxima de Fray Luis se explica dentro de los parámetros de la mujer ideal imaginada por los humanistas y, mucho antes, por los padres que conformaron la versión eclesiástica del cristianismo. Se persigue en cualquier caso la “creación” de un tipo de mujer virtuosa y casta, vinculada única y exclusivamente al espacio doméstico, condenada a la abnegación y a la renuncia y privada por ello de libertad. Por esto mismo, la mujer callejera, visitadora, vagabunda y viajera, independientemente de su estado, está estigmatizada en la sociedad medieval y áurea, no goza de buena reputación al alejarse del modelo de mujer anhelado por los humanistas y religiosos de la época y desarrollado en los tratados doctrinales de educación (Casagandre; Martínez-Góngora). Fray Antonio de Guevara, p.e., en su *Relox de príncipes* (1529-31) entiende “que la muger muy andariega pone en peligro la fama y pone en condición la hazienda” (Guevara 496), lo mismo que Pedro de Luján en sus *Coloquios matrimoniales* (1550): “Si la mujer es una loca, parlera, derramada, andariega, liviana, absoluta y disoluta, el marido de razón es el que primero lo ha de ver y saber, y el que lo ha de remediar” (Luján 153). Pensando también en el matrimonio, Antonio de Espinosa, en las *Reglas de buen vivir* (1552), encomienda a las madres la tarea de enseñar a sus hijas “mucho retrainimiento y honestidad. Pocas palabras, los ojos por tierra, y no ventanera, no callejera” (Trujillo Maza 96). El refranero popular recoge el sentir de la época sobre el asunto (“La mujer y la gallina por andar se pierde aína”, “La mujer devota no la dejes andar sola”, “Los negocios de la buena dentro de casa y no de fuera”, “La mujer y la oveja temprano a

¹Este trabajo se inscribe en el proyecto FFI 2009-08517 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, coordinado por Nieves Baranda, y en el del “Grupo Clarisel” financiado por el Gobierno de Aragón. Una primera versión se presentó en las *II Jornadas sobre Literatura y Género: del discurso didáctico a la ficción*, Vitoria 18-19 de noviembre de 2005, coordinadas por Eukene Lacarra en la Universidad del País Vasco, y es continuación del estudio “La doncella andante en los libros de caballerías españolas: antecedentes y delimitación del tipo (I)”.

casa”) y de los refranes se sirve Juan de Espinosa, en el *Diálogo en laude de las mujeres* (1580), para concluir que “la mujer, indiferentemente casada, o virgen, o viuda, que es andariega, fácilmente incurre en su perdición” (Trujillo Maza 103). El modelo ideal de comportamiento femenino es, una vez más, la Virgen, pues, como recuerda Marco Antonio de Camós en su *Microcosmia y Gobierno Universal del Hombre Cristiano para todos los estados y cualquier de ellos* (Barcelona 1592), “A la Reina de los Ángeles, María santísima, no la halló el Arcángel San Gabriel por las calles, ni haciendo ventana, ni en algún sarao danzando, pero retraída en su aposento, ocupada en la oración y lección santa” (fol. 125) (Trujillo Maza 46), la imagen inmortalizada en tantas pinturas de la Anunciación.

Incumplir la norma del encerramiento, salir de casa y ser vista, además de poner en peligro la deseada castidad, supone escapar al control masculino, actuar y moverse libremente, y ello puede desatar problemas familiares, conyugales e incluso tragedias tan terribles como la guerra de Troya, pues el viaje de Elena al templo de Venus para comprobar la pregonada belleza de Paris fue el que precipitó la historia; de ahí la reconvención del autor al comportamiento de Elena, la viajera adúltera, y la conminación a las mujeres a permanecer en casa, repetida a lo largo de los siglos en las distintas versiones peninsulares de la historia troyana. En la *Crónica troyana* de Juan de Burgos (1490), p.e. el autor se lamenta de las nefastas consecuencias derivadas de esta libertad y aboga una vez más por la reclusión:

¡O, cuántas fenbras suelen traer mancilla y desonor el ligero motivo de andar y destruir vagando de un lugar a otro! ¡O, qué bien está a las fenbras estar seguras en sus casas y tenerse contentas de bevir en ellas guardando su honestidad, que nunca la nave siente el trabajo ni fortunas ni peligros de las ondas y tormentas de la mar estando firmadas sus áncoras en el seguro puerto, non navegando en las partes estrañas. (Sanz Julián 753-54)²

La salida está reñida con la máxima del encerramiento, de ahí que viajar no sea una actividad propia de mujeres. El cambio de estado, el matrimonio, los viajes políticos y oficiales, la toma de posesiones, supone para las mujeres en un momento dado un desplazamiento físico, un viaje inevitable carente en muchos casos de placer y de libertad y, por tanto, problemático y forzado. Fuera de estas situaciones concretas y justificadas, el viaje está teóricamente vedado para ellas; la insistencia de las advertencias y reproches de los moralistas lleva a pensar, sin embargo, que muchas desatendieron sus consejos, gozaron de mayor movilidad que la prescrita e incluso

²En términos similares se expresa Juan Fernández de Heredia en su versión de la *Crónica troyana*: “¡O, & cuán muchas aduxo a manziella et a error el ir et el tornar, et el liugero discurrimento d'acá et d'allá a las plaças et públicos lugares! ¡O & cuánto les deurién seyer plaçibles a las mulleres los términos de sus casas et cuánto deurían guardar las caras et los caminos de su honestat” (Sanz Julián 277). Para el viaje de Elena, véase el trabajo de Giuliana Lanata, “Viaggi d'amore nella Grecia arcaica”, incluido en el colectivo coordinado por Corsi.

viajaron. Seguir sus pasos es, sin embargo, tarea ardua y difícil por la falta de testimonios. Al margen de las reinas y nobles viajeras cuyos viajes conocemos por las relaciones,³ mujeres solas o con sus maridos se unieron a los cruzados rumbo a Oriente, otras peregrinaron a Tierra Santa (Morató 44-48), a Santiago de Compostela (González Vázquez) y no pocas pasaron a América donde organizaron nuevas sociedades y en general soportaron duros trabajos, ocupando incluso en situaciones críticas el lugar de los soldados (Konetzke; Borges; Pereyra; Maura).⁴ En todos estos casos, estas mujeres viajan acompañadas, con un nutrido séquito o integradas en grupos de peregrinos o conquistadores. Aunque efectivamente el viaje femenino no tiene las características iniciáticas del viaje masculino (viaje de fundación, de exploración, búsqueda y conquista, viaje de formación, etc.) y se sitúa entre la huida y la necesidad, el escándalo y la obligación (Corsi), las mujeres pudieron encontrar en estos desplazamientos algo más de libertad que la alcanzada entre las cuatro paredes del hogar, donde en el mejor de los casos sólo podían viajar con la imaginación a través de la ficción.

Las doncellas andantes: la libertad imaginada

Por los folios de los libros de caballerías las lectoras pudieron realizar un viaje de gabinete, recorrer gran parte del mundo conocido y hallar también mujeres viajeras, pues las amazonas, las doncellas guerreras y especialmente las doncellas andantes desafían las consabidas advertencias de reclusión y el “campo de su carrera” no es obviamente la propia casa. Pese a que la naturaleza femenina parece no estar especialmente preparada para el esfuerzo físico que requieren las largas jornadas por los caminos, como se lee en el *Zifar* (González 98), algunas mujeres de estos libros viajan incansablemente por tierra y por mar, por obligación y por placer. Como en los viejos *romans* artúricos en los que el tipo se fragua y define (Marín Pina 2007), las doncellas andantes viajan por necesidad como correos o mensajeras, se desplazan para auxiliar al héroe, para donar o robar algo, para pedir un don, para demandar ayuda y socorrer a necesitados, en ocasiones a otras mujeres prisioneras o a punto de ser forzadas, para reencontrarse con un ser querido o simplemente para saciar su curiosidad, pues, como se lee en la traducción española del *Palmeirim de Inglaterra* de Francisco de Moraes, “es natural de mujeres ver novedades y hacer romerías” (Bonilla

³Una descripción de los desplazamientos de algunas reinas itinerantes y mujeres nobles europeas brinda Wade Labargue. Para las relaciones de viajes a España de algunas reinas y princesas como Mariana de Austria o Margarita de Austria, véase García-Romeral, entradas 504, 547, 595.

⁴Un exceso de mujeres a las que resultaba imposible casarse en la Península explica el elevado número de solteras que pasaron a América; véase Konetzke (146). La legislación nunca fue estricta en este sentido y realmente propició su emigración, sin embargo las crónicas y la historia casi siempre las ha ignorado. En relación con los libros de caballerías, se habla de su influjo sobre los conquistadores, pero apenas se menciona a estas mujeres que con ellos pasaron y que, en las travesías y en tierra firme, compartieron con ellos, además de las tormentas, incomodidades, o mutilaciones recordadas por Borges, la lectura y el entretenimiento de estos libros.

y San Martín 227). Para la mentalidad de la época, su viaje puede entenderse como un acto de rebeldía o como un rito de paso en el que se rompe la propia normalidad del encerramiento impuesto. Su desafiante actitud otorga por ello al tipo cualidades propias de la *mulier virilis*, de la mujer varonil o hazañosa, si bien el hecho de no perder nunca su femineidad, pues no van armadas y tan sólo en ocasiones se ocultan con antifaces, hace todavía más atractiva su figura.

Como se indica en el citado *Palmerín de Inglaterra* (Bonilla y San Martín 55, 135), los caminos de Inglaterra y Grecia están repletos de caballeros y doncellas andantes que acaban estorbando el viaje a los demás. Las inofensivas doncellas andantes pronto comienzan a considerarse un peligro público porque la utópica Edad de Oro en la que las doncellas “Sin guarda caminaban todas ellas/ por sierra, llanos, montes y cañadas. / Teniéndolas por buenas, siendo bellas, / nunca se sospechaba d’ellas nada”, rememorada en el *Orlando furioso* (Ariosto XXXI, 61, 2005) y añorada por don Quijote (Cervantes I, 11, 123), ya ha pasado o es mera ilusión. Las mujeres por los caminos son todo problemas porque despiertan inevitablemente el deseo de los hombres. Aunque los caballeros al recibir la investidura juran defender a las mujeres, no todos cumplen siempre dicha promesa ya que puede más el deseo libidinoso que el compromiso caballeresco. Así se lo recuerda, don Polindo, en el libro del mismo título, al caballero que se dispone a forzar a una doncella que grita, se mesa los cabellos y se sube a un pino para ponerse a salvo: “¡Armarvos, don falso cavallero! Vós conpraréis caramente la villanía que contra las donzellas acometéis, olvidando aquello que jurastes cuando la Orden de cavallero recebistes; la cual en tan malvados cavalleros es mal empleada” (Calderón 69). En este juramento se escuda también Arvencida, una doncella andante del *Félix Magno* (1549), que define muy bien la condición del personaje-tipo que estamos comentando en un diálogo mantenido con Félix Magno:

Porque, aunque soy donzella, también ando por el mundo buscando las aventuras. Y he dexado a mi madre, no teniendo otra hija sino a mí. E mucho ha que he tenido este deseo porque siempre oí decir que avía grandes aventuras por el mundo así de cavalleros como de donzellas. Y que los cavalleros lo que demás de todo se precian es de guardar la honra de las donzellas. Y por esto tuve coraçón para salir de casa de mi madre, considerando que pues se podía guardar mi honra que, aunque anduviese por el mundo, no me podría avenir cosa que por mala la tuviese. (Demattè 92)

Sin embargo, la misma Arvencida experimentará en su propio cuerpo los peligros consustanciales a su atrevida decisión andariega y será objeto de una violación. Conscientes de estos riegos, las mismas mujeres llegan a reconocer la inseguridad de los caminos, su indefensión, y demandan la compañía, la guarda, de algún caballero durante varias jornadas, como vemos en el *Palmerín de Inglaterra* (Bonilla y San

Martín 198, 200, 261) o en la tercera parte del *Florisel de Niquea*, donde un número de doncellas andantes, entre ellas Galtazira, salen en busca de de ayuda para desencantar a Artifara y Rosafar acompañadas de caballeros ancianos para preservar su honestidad (Silva 213).⁵ Una vez más se hace ver que las mujeres, mudables de cuerpo e inquietas de alma, necesitan custodia (Casagrande 110).

El “instinto diabólico” o la libertad femenina amenazada

La guarda las preserva en principio de los múltiples peligros que pueden surgir en el curso del viaje pues si los caminos en la época medieval y moderna son inseguros y peligrosos por los robos, asaltos y muertos que en ellos se producen, como evidencia la legislación (Rodrigo Estevan 115), lo eran todavía más para el sexo femenino. El viaje, la salida fuera del ámbito doméstico, la irrupción en un espacio abierto, en principio masculino, está estrechamente ligado a la sexualidad, a una sexualidad libre en apariencia frente a la represión vivida en el núcleo familiar. Las mujeres viajeras disponen libremente de su propio cuerpo, pero también están expuestas a perder su virginidad, a agresiones sexuales fruto del “instinto diabólico” de los hombres, expresión utilizada en los documentos castellanos medievales para explicar el ultraje de la violación, el delito contra la libertad sexual (Córdoba de la Llave 43). Como dice el donjuanesco Floriano del *Palmerín* portugués, es inevitable que sucedan estos ataques sexuales porque las “doncellas es vianda tan comedera, que hacen á todo el mundo salir de su natural”, justificando así de algún modo tales agresiones: “y por esso quedan merecedores de menos culpa [los agresores], y para conmigo, que muchas veces soy tentado destos acidentes, yo la tengo por pequeña” (Bonilla y San Martín 255).

La soledad de los caminos y descampados, vigilados en la realidad por la Santa Hermandad tan temida por don Quijote (Menéndez Pidal) y en la ficción caballerescas por los caballeros andantes, propicia estos crímenes. El mejor remedio para frenar tales atrocidades es obviamente la reclusión y así lo reconoce ya San Jerónimo en la carta a la joven romana Eustoquio, hija de Paula, a la que aconseja no salir de casa para evitar correr el riesgo de una violación como la padecida por Dina, la hija de Jacob y de Lía, al salir de su casa movida por la curiosidad (Rivera-Garretas 41). Este crimen, identificado en los textos caballerescos como en los fueros locales medievales a través del verbo “forzar” (Agudo 42; Córdoba de la Llave 19), no siempre llega a consumarse ante los lectores porque siempre es impedido por algún caballero que providencialmente pasa por allí o porque las mismas doncellas logran huir para pedir ayuda. El desaliño en el peinado (“descabelladas”), las ropas malcompuestas o rasgadas, los gritos, el llanto, la prisa, el miedo o el temor que presentan a veces estas

⁵ Feliciano de Silva se burla de esta práctica pues los viejos caballeros se muestran totalmente incompetentes y, deseosos de rejuvenecer, son objeto de escarnio, pierden sus caballos y han de proseguir su viaje montados con las doncellas en los palafrenes. Galtazira les reprocha “que andemos faziendo comedias por los caminos por sandeces de los que las avían de quitar” (Silva 169).

doncellas andantes montadas en sus palafrenes son signos que delatan en estos libros, como en los documentos jurídicos y legislativos de la época (Córdoba de la Llave 54; García Herrero 287), que han sido objeto de una afrenta, de una agresión sexual. Todos estos testimonios son necesarios para demostrar su inocencia y en este caso para alertar también a los cortesés caballeros que las socorren. Sin embargo, estas señales a veces pueden ser engañosas pues la falsa violación se utiliza también como un cebo, como un artificio para desviar a los caballeros de su ruta e implicarlos de este modo en enfrentamientos entre ellos mismos, un precedente más de los montajes teatrales con los que los personajes cervantinos quieren confundir a don Quijote. A esta treta recurren especialmente las mujeres, explotando de este modo el crimen del que tantas veces son objeto en su propio beneficio; unas veces para preservar al caballero desviándolo así de otros peligros, como en el caso de Arcabona en *Las sergas de Esplandián*, y otras para aniquilarlo, según pretende la sabia Eutropa en el *Palmerín de Inglaterra*.⁶ En ambos casos se crea una tensión narrativa y un suspenso sostenido por el narrador a lo largo de varios capítulos que fija la atención del lector.

Como recompensa por los servicios prestados, las doncellas andantes redimidas suelen pagar a sus servidores con su propio cuerpo, con una entrega sexual libre y consentida bien distinta a la que momentos antes otros habían procurado con la fuerza. El encuentro amoroso se produce en tales casos también en el curso del viaje, en un enclave natural alejado del núcleo urbano, como puede verse en el episodio de la doncella mensajera de Dinamarca liberada del gigante Brocalán por Floriano en la obra de Moraes (*Palmerín de Inglaterra* 1908 198-200), síntesis de todas estas situaciones típicas y tópicas en las que pueden hallarse las doncellas andantes.

Las doncellas andantes a debate

En función de los problemas que generan en los caminos a causa de su propio sexo, las doncellas andantes se consideran una amenaza para el orden público y para la paz de los reinos. Desde fechas tempranas se suscita en torno a ellas un debate dentro del propio género y algunos autores llegan a proponer incluso su desaparición, al considerar que ponen en peligro la propia institución caballeresca. Es lo que pretende ya en 1510 Páez de Ribera en su *Florisando*:

Conviene assimismo que se pierda otra costumbre que hay de andar las donzellas y dueñas solas por los caminos, porque de aquí se siguen las conquistas de los cavalleros, las injustas demandas, muchos homecidas e

⁶El pasaje amadisiano es bien significativo: “apartándote de la conversación de la gente por las florestas, tenté de fazerte aquel engaño en que caíste cuando pensavas socorrer la donzella que las grandes bozes dava entre las espessas matas de la floresta que cabe la tu villa de Fenusa está, fingiendo de la querer forçar el hombre que por sus cabellos la tenía”, confiesa Arcabona a Lisuarte (Rodríguez de Montalvo 180-81). Eutropa, por su parte, es una vengativa mujer que para acabar con los caballeros andantes envía por los caminos a falsas doncellas amenazadas sexualmente para propiciar de este modo su enfrentamiento (Bonilla y San Martín 56, 63).

injurias y deservicios públicos que se fazen a Nuestro Señor y aun otros secretos deshonestos que por la torpedad y fealdad d'ellos quiero callar. (Páez de Ribera 1510 fol. ccxvj v)

Amadís y otros caballeros acatan tal decisión y juran “de no consentir más en sus reinos y señoríos aquella mala costumbre de los cavalleros andantes y del caminar de las donzellas y dueñas.” (Páez de Ribera 1510, fol. ccxvij r, b). Practicando con el ejemplo, Páez de Ribera reemplaza a las risueñas doncellas mensajeras por dos religiosas de edad respetable para llevar las cartas de Corisanda (cap. 177), sin embargo tampoco se escapan de una agresión física pues en una mensajería posterior, con guarda caballescica incluida, son azotadas desnudas (cap. 197). El problema sigue preocupando en 1526 a Juan Díaz, quien en su *Lisuarte de Grecia* discute también sus controvertidas andanzas:

Mas aviendo cavalleros andantes y donzellas es dar ocasión que los cavalleros se maten unos a otros por su causa; los unos por las ofender, otros por las librar; unos por les hazer fuerça, otros por no consentir que les sea hecha. Assí que muchos mueren que no morirían si las donzellas no anduviessen y quitado tal inconveniente no se seguiría lo que se suele seguir. (Díaz 1526, fol. xix v)

Al final, y gracias en parte al argumento del libre albedrío esgrimido por el ermitaño, el Papa revoca el juramento y restituye la caballería andante “en la manera que antes era [...]Y permitió que oviessen donzellas andantes, que pues ellas no fazían mal ninguno, no era razón de se defender” (Díaz 1526, fols. xix v-xx r).

En la *Cuarta Parte de Florisel de Niquea*, Feliciano de Silva tercia también en el debate, aunque de forma mucho más jocosa, con un humorístico sermón del personaje Fraudador de los Ardides (Sales Dasí 2003) en el que, entre otras cosas, condena la costumbre de estas doncellas que andan solas por los caminos y se exponen a perder la honra, todo ello después de haber robado a tres damas sus palafrenes y vestidos y hacerlas ir a pie. Fraudador las invita a abandonar los caminos andantes: “No os hiziera a vos mal –dixo él– antes estar con las ancianas entre las ruelas, que andar por las florestas entre los cavalleros andantes” (Silva 1551, fol. xxxjx r.). La lección última para damas y caballeros es, por tanto, clara:

procurad en mal hora de no caminar tan sin propósito, andando las señoras donzellas con los cavalleros a la flor del angarilla por los caminos atravessando, haziendo ressayos hechas golondrinas, do no faltan esmerejones que las lleven en las manos o Fraudador en las uñas repelándoles la pluma, hechas almendros llenas de flores de bocadillos, para de tales flores sacar el fruto de mi gloria. (Silva 1551, fol. 41 r)

Como se ve, el debate está abierto y muchos autores critican con diferente tono la

aparición de estas doncellas andantes, pero pocos son los que renuncian a ellas, pues sin duda alguna como personaje tipo encierran muchas posibilidades narrativas y múltiples atractivos. Los asaltos y ultrajes son, como ya se ha visto, frecuentísimos y despiertan en los lectores un sentimiento de zozobra y de inquietud, una tensión que culmina y se libera finalmente con la catarsis de las armas y a veces con la magia, la guarda más segura sin lugar a dudas en estos libros para las doncellas. Una piedra preciosa engastada en el broche del manto o un anillo libran a Florencia en el *Cuento muy fermoso de Otas de Roma* (Herbert 85-86) y a Agriola en el primer libro palmeriniano (Stefano 252-53) de seguras violaciones al perder los caballeros las fuerzas físicas o tener temblores en el momento crítico de su fechoría. En el *Clarisel de las Flores*, libro de caballerías manuscrito de mediados del siglo XVI, Jiménez de Urrea aborda a veces estas comprometidas situaciones con humor, especialmente en el caso de la jovial Deidenia, una doncella andante que viaja sola muy segura por los caminos gracias a un anillo y un arpa mágica. Con estos objetos se salva de varias agresiones, entre ellas una violación a manos de tres apuestos caballeros cazadores a los que acaba dejando desnudos y encantados (Jiménez de Urrea s.a., fol. 226v) en una jocosa aventura que ella misma recordará gozosa (Geneste 532-33; Marín Pina 2002, 261-62).

Deidenia presenta diferentes caras del poliédrico tipo de la doncella andante, pues en su camino en busca de su hermano se cruza con Clarisel de las Flores, se enamora de él y, aunque no es correspondida por estar el caballero ya comprometido, se pone a su servicio y lo acompaña en sus viajes, como Carmela hace con Esplandián en *Las sergas de Esplandián*. Rodríguez de Montalvo es el primero en fijar este peculiar tipo de doncella andante, mensajera y compañera, que Beysterveldt (81) ha relacionado con una versión renovada de la institución medieval de la barraganería y recientemente Bueno Serrano con un tipo de sirvienta, prudente y discreta, con funciones propiamente escuderiles. El pacto que acuerda ante el rey Lisuarte y en presencia de Esplandián resulta de alguna manera una “carta de amigamiento” o “carta de compañía de mesa y cama” como las que en la vida real regulaban las relaciones de amancebamiento (Lacarra 159). A petición de la interesada, el rey Lisuarte manda a Esplandián que “por su amiga y compañera vos tome y guarde vuestra honra y fama como la razón a ello le obliga”, y Esplandián se compromete a compartir con ella los bienes divinos “como a buena amiga fazer devo”. Tras este contrato, Carmela se entrega por suya: “Desde agora quedo por tuya fasta en fin de mi vida, y tú por mi señor; el cual nombre, si a ti no, nunca de mi boca avrá emperador, ni rey, ni grande que en el mundo sea” (Rodríguez de Montalvo 212). Sin llegar a tal compromiso, Targiana, la princesa turca del *Palmerín de Inglaterra*, sale de su corte como “doncella andante” para acompañar a Floriano en su andadura, pero pronto pierde su fidelidad y abnegación entre otras cosas porque la condición de Floriano también es otra. Con este mujeriego caballero viaja después la gigantona Arlanza y su séquito de doncellas, grupo al que se suman luego Armelia, Julianda, Sabelia y Articia. Por ir acompañado de tantas damas, Floriano se conoce por el sobrenombre de Caballero de las Doncellas.

Viajar con tantas mujeres no resulta tarea fácil pues muchos son los caballeros que pretenden compartir tan suculento festín y numerosas las rencillas y celos surgidos entre las mismas mujeres. Al final las doncellas acaban también cansadas de tantas peripecias físicas y con los caballeros vencidos envían un mensaje claro a las damas de la corte para que “si alguna vez su fortuna las trujere por los caminos y florestas, que sea con guardador seguro, pues en el mundo hay otros, como vos y vuestros compañeros [por los agresores], de que todas se deben temer” (Bonilla y San Martín 255); es decir, ellas mismas reclaman una guarda, pues queda claro que no pueden andar solas por los caminos, a la vez que alertan a las otras mujeres y a las lectoras sobre sus mismos guardadores, aconsejándoles en último término el retiro como mejor remedio para su honra, como hiciera otrora San Jerónimo: “por eso que trabajen por vida reposada y no anden atravesando florestas, que porque lleven aguardador que las asegure de otro, habrán menester quien las asegure dél” (Bonilla y San Martín 255).

La aventura palmeriniana en su conjunto ejemplifica de forma exponencial los peligros derivados de estos viajes con doncellas de los que algunos caballeros en otros libros reniegan. Es el caso de Floriseo que, en la obra del mismo título (Valencia 1516), se resiste a ir acompañado también de mujeres en su andadura caballeresca:

a vuestro sabor -dixo Floriseo-, bien sé yo que no daña la donzella, pero a mi voluntad es muy contrario el acompañamiento de mugeres. E a mi ver, si los cavalleros andantes o de la Tabla Redonda no se ovieran ocupado en demandas deshonestas en que las mugeres los pusieron, bien creo que hasta oy durara aquel muy noble oficio de las armas en la honra que solía estar en el mundo en el tiempo que la orden de cavallería se començó. (Bernal 195)

Por ello Floriseo está dispuesto a no someterse a cosa de mujer ni a traerla en su compañía:

E por esto os ruego que vos embiéís essa donzella a vuestra tierra, la cual parecerá mejor encerrada como mujer honesta que no andar como anda. No sé en verdad –dixo Floriseo– qué fue la causa de tan mal uso como fue y es andar las donzellas solas por los montes hechas procuradores o correos de las cosas o negocios de los hombres. E no sé cómo no vían los antiguos cuánto mal e mal enxemplo se podía seguir d’este uso. E que quando alguno me responda que la lealtad de los cavalleros de aquel tiempo era tanta que hazía seguras las donzellas por doquier que fuessen, a esto digo que esto bastava para las hazer guardadas de sus personas, pero no de todos los otros hombres. E que d’esto (lo que no podía ser) también los cavalleros las guardassen, al menos está claro que de la sospecha de su desonestidad no las podían con toda su fuerza guardar. (Bernal 195)

Todavía en 1586, Joaquín Romero de Cepeda en la *Historia de Rosián de Castilla*

aconseja a Rosián por boca del sabio Peristrato: “Huye de la compañía de las mugeres, mayormente por los caminos, que a las vezes son como sirenas de la mar que engañan & quitan la vida” (Romero 26). Para restaurar los valores de la vieja caballería en los nuevos tiempos, en el *Baldo* (Sevilla 1542) se crea la Orden del León con catorces leyes que rigen las costumbres caballerescas y regulan la relación de los caballeros con estas doncellas andantes, pues, aunque los caballeros han de velar por ellas y socorrerlas, no pueden llevarlas en su compañía más de tres o seis días:

Y assimismo deve el cavallero, si hallare en el campo alguna donzella o dueña que vaya camino, de acompañarla todo el camino a ponerla en salvo con la más presteza que pudiere, no entremetiéndose en otras cosas, porque no reciba desonra ni detrimento, pero de tal manera, que, si fuere breve camino, no la pueda llevar consigo más de tres días y, si luengo seis días y, en hallando otro cavallero de su compañía, se la dé y él se vaya donde iva. Esto ordenamos por evitar escándalos, que muy mal parecía en los cavalleros passados traer en su compañía tres o quatro meses a una donzella de un cabo para otro buscando peleas y cuistiones con ella, porque era cosa de poco provecho assí para la fama de la donzella y honra del cavallero. También devedamos que no vayan quatro leguas fuera de su tierra las donzellas con mensajes sino que se embien escuderos porque danificava a su honestidad y assí mandamos que ya más no sean embiados tan largos caminos, por cuya causa avía tantos malandrines y tantos cavalleros perdidos buscándolas. (Gernert 279)

Las ordenanzas de esta peculiar orden caballerescas no son tan extrañas y se hacen eco de la legislación peninsular comentada por el viajero francés Jouvin (*Le voyageur d'Europe ou sont les voyages de France, d'Italie et de Malthe, d'Espagne et de Portugal*, 1672), quien, a propósito de las ventas y posadas, señala que en España “No está permitido a las muchachas ni a las mujeres el permanecer en una posada más de dos noches en los caminos” (Díez Borque 221).

La literatura caballerescas se hace eco de una inquietud social o mejor dicho de una preocupación masculina, pues tras las quejas oídas sobre los peligros ocasionados por las mujeres en los caminos se esconde el temor a perder el control sobre ellas. Si para los renacentistas el viaje encierra un valor educativo y moral, si es un motivo de enriquecimiento interior, un medio de perfeccionamiento (Maravall 113), para las mujeres puede ser por ello un arma de liberación y por esto mismo la sociedad patriarcal siempre lo ha querido dosificar para ellas. No hay que olvidar en este sentido que desde las primeras generaciones cristianas hubo malestar entre los obispos por la movilidad femenina, por los viajes de las cristianas a Tierra Santa, y desde el siglo XIII se repiten críticas como la del franciscano Bertolo de Ratisbona en contra de las peregrinaciones de mujeres a Santiago al conllevar éstas más pecados que indulgencias (González Vázquez 49). Los autores caballerescos se suman de alguna

manera al mismo discurso pero sin dejar de aprovechar la rentable imagen narrativa de una mujer viajera, expuesta, como los caballeros, a la designios de la (a)ventura pero también a pagar su atrevimiento con vejaciones sexuales de algún modo “justificadas” como castigo a su propio comportamiento. Con su propia experiencia, ellas mismas asumen dicho discurso y llegan a reconocer en ocasiones expresamente su “error”, como se ha visto con las doncellas palmerinianas o como hace la Angélica ariostesca, quien en un momento de debilidad se lamenta de haber perdido la honra con su elegido vagabundo (“yo doy materia, en fin, que digan: –Basta, que siendo vagamunda ya no es casta”, Ariosto VIII, 41, 471). El viaje femenino acaba asociado a una pérdida de la honestidad, de la castidad e incluso a la prostitución, por lo que no es de extrañar que Angélica la bella, que despertó juicios encontrados entre los lectores y escritores de los siglos XVI y XVII, sea tachada por el mismo don Quijote de “doncella distraída, andariega y algo antojadiza” (Cervantes II, 1, 638) y por Quevedo como “niña buscona y doncellita andante” en los primeros versos del *Poema heroico de las necedades y locuras de Orlando el enamorado* (Blecua 735).

De la doncella andante a la viajera curiosa

Aunque jueguen con el viejo discurso misógino, los libros de caballerías no llegan a presentar nunca, sin embargo, una imagen devaluada de la doncella andante. De hecho, el tipo se va enriqueciendo y transformando hasta confundirse incluso con una figura tan novedosa como es la de la viajera curiosa, una ficción literaria con escasos referentes en la realidad del momento y en el tiempo porque rara vez el viaje femenino se guiaba por tales fines. El caso de la noble, valiente y curiosa Egeria, que viajó a finales del siglo IV a Tierra Santa para conocer por sus propios ojos los vestigios y testimonios vivos de la historia cristiana y los parajes bíblicos, así como el de otras matronas romanas de los primeros tiempos del cristianismo, es realmente excepcional (Rivera-Garretas; Cardini). En la Edad Media, el viaje entendido como una forma de saber estaba realmente al alcance de muy pocas mujeres y así lo registra el humanista italiano Giannozzo Manetti (1440) en el *Elogio no fúnebre sino triunfal de la ilustre señora numantina doña Inés* (de Torres), donde tras comentar la gran inteligencia de esta mujer noble, madre de Nuño de Guzmán, y su pasión por los libros, explica que habría preferido ser hombre para ampliar sus conocimientos históricos y literarios a través del viaje: “sólo tenía una queja contra su sexo: que le privaba de la suma felicidad de visitar las ciudades que habían procreado, parido y criado hijos tan célebres. Sólo por ello hubiera preferido nacer hombre, para poder viajar por el mundo como le diera la gana” (Lawrence 40). Los deberes familiares y su condición de madre refrenaron las inquietudes de esta culta mujer. Un siglo más tarde, Jerónimo de Urrea proyecta de algún modo las aspiraciones de esta noble y quizá de otras muchas mujeres, por su natural inquietas y curiosas, en el personaje literario de Deidenia, una doncella andante de origen lombardo que en principio anda, como ya se ha visto, en busca de su desaparecido hermano, después pasa a ser la eterna amante y compañera

abnegada de Clarisel y finalmente se convierte en viajera curiosa por las cortes europeas. Jiménez de Urrea da un paso adelante en la caracterización del tipo y hace de Deidenia una moderna mujer viajera, guiada por el ansia de saber propia del humanismo de la época y de su autor, capitán de las tropas del emperador Carlos V y buen conocedor de las cortes del momento.

Durante el año que dura el encantamiento de Clarisel, Deidenia viaja por Europa y parte de África. Ella misma se presenta como una doncella viajera: “saved que soy lombarda. Llámanme Deidenia, ando como vedes en mis venturas y passo cortes de reyes y grandes señores sólo por curiosidad y desseo de ver novedades” (Jiménez de Urrea fol. 232 v). Aunque el término “viajero/a” se acuña en el siglo XIX, se le puede aplicar a esta doncella italiana que, como Egeria, también viaja por curiosidad y por el afán de conocer y de saber. Su curiosidad la lleva a recorrer por tierra y por mar un gran periplo. Partiendo de Grecia, donde queda encantado su caballero, la primera parada de su viaje es Alemania, desde allí se encamina a la Baja Alemania y, tras pasar los reinos de Bravante y Henao, llega a la Pequeña Bretaña (Francia); seguidamente desde Cales (Calais) se dirige a Gran Bretaña, de aquí a Lusitania, luego a la Nueva Cartago (Levante español) y, camino de Sicilia, una tormenta la desvía hasta la temida costa de Berbería. De regreso a Sicilia, se embarca de nuevo rumbo a Grecia, pasa la montuosa Dalmacia, Macedonia y llega a los reinos de la gran Tracia.

Deidenia desea conocer ante todo el trato galante y los usos amorosos de las diferentes cortes, se asombra y sorprende de todo lo que ve y, como las viajeras áureas, va registrando sus impresiones, contrastando costumbres y experiencias y emitiendo juicios. Afanosa del camino, reposa en albergues antes de visitar las respectivas cortes, se hace vestidos nuevos (al estilo de Grecia e Inglaterra), se dirige a las plazas y palacios y allí ve, observa y entabla conversación. A través de sus curiosos ojos presenciamos en tierras alemanas una justa entre caballeros cuya armadura, minuciosamente descrita, le resulta extraña, lo mismo que las danzas con las que se recrean damas y caballeros, “todas de saltos y bueltas asaz regocijados” (fol. 227 v). En Francia se asombra del protocolo en la mesa, donde hombres y mujeres comen juntos a la vez y se levantan libremente para bailar y en Inglaterra se maravilla de la condición viajera de sus habitantes: “topaba por las carreras infinitas doncellas, dueñas y escuderos en fermosos palafrenes que además bien caminavan y cavalleros andantes ricamente armados y galantemente guarnidos” (fol. 227 v). La misma sorpresa causó a Andrés Muñoz cuando, en 1554, acompañó a Felipe II a Inglaterra para contraer matrimonio con María Tudor, según relata en la “Carta en la cual se da relación de lo que ha pasado en el reino de Inglaterra después que el Príncipe don Felipe entró en él”, comparando la realidad vista con la ficción:

El que inventó y compuso los libros de Amadís y otros libros de caballerías desta manera fingiendo aquellos floridos campos, casas de placer y encantamentos, antes que los describiese debió sin dubda de ver primero los usos y tan extrañas costumbres que en este reino [Inglaterra]

se acostumbran. Porque ¿quién nunca jamás vio en otro reino andar las mujeres cabalgando y solas en sus caballos y palafrenes, y aun a las veces correrlos diestramente y tan seguras como un hombre muy exercitado en ello? Y ansí podrá vuestra merced muy bien creer que más hay que ver en Inglaterra que en esos libros de caballerías hay escripto.⁷

En el caso de Deidenia, la doncella andante del *Clarisel*, su admiración por la ciudad de Londres se traduce en una breve “laus urbis”, pues, “pareçiole çiudad mayor que viera y más bien asentada sobre el famosso y caudal Tamis, río rico y fermosso; pasó su puente sumptuosa y albergó donde mexor pudo. Tres días andubo mirando fuera y dentro de la ciudad fermosas cossas” (fol. 227 v.). Por el Támesis abajo llega a la corte de España, desembarcando en un puerto cerca de Lusitania y en la corte del rey Manolán, en la ciudad de Ulixerbona (Lisboa), presencia un juego de cañas con cuadrillas de caballeros vestidos a la morisca (“para ella tan nueva caballería y fiesta de tanto regocijo”, fol. 231 v) y una faena taurina en la que se ve inicialmente implicada, una gran fiesta a su juicio “aunque le pareçió passar de burla por ser muy peligrosa” (fol. 232 r) (Geneste 505-07). En Sicilia, en cambio, descansa de los trabajos sufridos en Berbería y se distrae como “turista” apreciando las antigüedades (“donde estubo esperando pasase algunos días andando en este medio por toda la ínsola mirando grandes antigüedades y cosas excelentes que del tiempo de los cartagineses quedaron” (fol. 235 r), una pasión por los “vetera vestigia” que responde al deseo de conocer propio de los humanistas y a su afición por la arqueología (Gómez Moreno 242; Egido 118).

En todas las cortes se dirige a palacio y observa el trato cortés entre damas y caballeros. Si los caballeros de la corte alemana le parecen poco comedidos al razonar con las doncellas con escasa mesura y respeto, en la corte francesa vio “las dueñas y donçellas más sueltas y de menos arte y los cavalleros desamorados y descuidados con ellas” (fol. 227 v), por ello la considera una corte desfavorable para las mujeres. En Londres, en cambio, el trato cortesano le resulta más refinado que el de la Pequeña Bretaña, pues aprecia más amor y gentileza en los caballeros para con las damas, a las que acatan, respetan y por las que mantienen pasos. Diferentes a todas estas cortes es la lusitana, donde encuentra hermosas doncellas de semblante grave ante las que los caballeros se arrodillan mostrando temor y respeto como si estuvieran ante sus ídolos. En el palacio de esta corte, en medio de una fiesta cortesana a la que llega vestida a la manera inglesa, entabla diálogo con los caballeros y damas de la corte y discute sobre

⁷ Andrés Muñoz es autor de la relación que narra el viaje y la entrada de Felipe y su séquito en Winchester y las circunstancias de la boda, titulada *Sumario y verdadera relación del buen viaje que el invictíssimo Príncipe de las Españas don Felipe hizo a Inglaterra, y recebimiento en Vincestre donde casó, y salió para Londres, en el qual se contienen grandes y maravillosas cosas que en este tiempo pasaron. Dedicada a la ilustríssima señora doña Luysa Enríquez Girón, condesa de Benavente, Zaragoza, 1554*. Tomo la cita de la anotación de Eisenberg a la obra de Ortúñez de Calahorra (tomo II, 58), quien sigue la edición de Pascual de Gayangos, *Viaje a Inglaterra y relaciones varias relativas al mismo suceso*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, vol. XV, 1877, 113.

el amor, deleitándose todos con su buen razonar. Su inquietud e interés por conocer es típicamente renacentista y responde a inquietudes similares a las que Castiglione recoge en su *Cortésano* por boca de miser Federico, quien comenta a la Duquesa que le habría gustado hablar “demás de la diversidad de las costumbres que se usan en las cortes de los príncipes cristianos en la manera del servirse y en el andar los galanes con las damas y en las fiestas y justas y juegos de cañas y semejantes cosas” (Castiglione 346).

La admiración y el asombro mostrado por los portugueses ante la llegada a su corte de una doncella extranjera era sin duda la propia de los lectores de la época, porque no era habitual a mediados del XVI la existencia de mujeres viajeras por el mundo como ella. No es el caso obviamente de los varones que cada vez viajan más por curiosidad, por afán de ver y conocer, recuérdese, p.e. la correspondencia y los tratados de humanistas como Lucio Marineo Sículo (Tate 695), y de ello se hace eco también la literatura caballeresca. El afán de saber alcanza a algunos de los héroes de estos libros, a caballeros como Adramón (Sales Dasí 2002, 394), Floriseo y otros del *Belianís de Grecia* que, aunque en principio se desplazan por motivos personales o políticos, hacen de cada etapa de su viaje un pretexto para el turismo, por lo que la obra resulta a su modo una guía de viajes internacional (Roubaud 82). La originalidad de Jiménez de Urrea estriba en imaginar a una mujer viajera que no podía encarnarse en otra figura mejor que en la de una doncella andante. El aragonés se adelanta en este sentido en el tiempo al pintar a esta intrépida viajera guiada por su curiosidad y afán de conocer y con ello otorga una nueva dimensión al tipo heredado, muy alejado ya de los primeros modelos de las doncellas andantes de los *romans* artúricos. Jiménez de Urrea ha creado una mujer libre y en ella ha reunido sus propias experiencias viajeras, incluido el trato cortesano de las diferentes cortes que él, como buen caballero, mejor que nadie supo apreciar.

Deidemia, sin embargo, como todas las doncellas andantes de la literatura caballeresca, es sólo una ficción y pertenece al mundo de la imaginación. Los autores caballerescos exploran y explotan las posibilidades narrativas de un tipo de personaje que resulta en todos los sentidos extraordinariamente rico y fecundo, pues sin las doncellas andantes la caballería de estos libros perdería parte de su esencia y razón de ser. Su propio nombre, doncella andante, encierra ya una transgresión, pues su condición “andasteca” o viajera está reñida con el ideal femenino perseguido, con la imagen de la mujer recluida y sumisa. Sin embargo, bajo la novedad del tipo, bajo su aparente libertad, se esconde su propia vulnerabilidad y el mismo discurso misógino de los moralistas, porque la enseñanza última que explícita o implícitamente se transmite es que el viaje no es recomendable para las mujeres a la vista de los peligros que entraña, de las agresiones físicas y violaciones que pueden sufrir. En este doble discurso, aparentemente “progresista” a la par que misógino, posiblemente radica una de las claves del éxito de estos libros entre el público femenino. Sin renunciar a la consabida lección de educación, a través del viaje los autores otorgan a estas doncellas andantes la libertad negada; les atribuyen unas funciones (mensajeras, correos,

intermediarias) necesarias para el buen funcionamiento de las relaciones sociales y humanas y las hacen dueñas de su cuerpo y de su sexualidad. En la irrealidad imaginada se baraja al menos la posibilidad de que el sexo femenino puede llegar a ser libre y esta realidad en la ficción es la que descubre otros mundos posibles. Para las lectoras, que fueron muchas, estas doncellas andantes, lo mismo que las doncellas guerreras y amazonas que recorren sus páginas, sirvieron sin duda de revulsivo porque les brindaban una imagen en la que proyectarse, de ahí los temores y las duras críticas de los moralistas hacia estos libros. “¿Qué vale el encerramiento / de los cuerpos enclaustrados / cuando está el entendimiento / con grande derramamiento / en las cortes y poblados?”, se preguntaba Fray Ambrosio de Montesino en su *Cancionero* (c. 1485-1508) (Rodríguez Puértolas 122). Aunque no tuvieran a la puerta el palafrén y el enano, como las lectoras de las que habla Mateo Alemán, a través de la lectura las mujeres podían viajar, al menos con la imaginación, por los caminos de la ficción.

Obras consultadas

- Agudo Romeo, M^a del Mar. “El léxico de los delitos sexuales en los fueros locales aragoneses.” *El Ruego. Revista de Estudios Históricos y Sociales* 1 (1995): 37-62.
- Ariosto, Ludovico. Eds. Cesare Segre & M^a de las Nieves Muñiz. *Orlando furioso*. 2 vols. Madrid: Cátedra, 2002.
- Bernal, Fernando. Ed. Javier Guijarro Ceballos. *Floriseo*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Beysterveldt, Antony van. *Amadís-Esplandián-Calisto. Historia de un linaje adulterado*. Madrid: Porrúa, 1982.
- Bonilla y San Martín, Adolfo, ed. *Palmerín de Inglaterra*. Madrid: BAE, 1908.
- Borges, Analola. “La mujer-pobladora en los orígenes americanos.” *Anuario de Estudios Americanos* 29 (1972): 389-444.
- Bueno Serrano, Ana Carmen. “Carmela, la de las *Sergas*.” Eds. José Manuel Lucía Megías & M.^a Carmen Marín Pina. *Amadís de Gaula: quinientos años después. Estudios en homenaje a Juan Manuel Cacho Blecua*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008. 91-115.
- Calderón Calderón, Manuel, ed. *Polindo*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- Cardini, Franco. “Egeria, la pellegrina.” Ed. Ferruccio Bertini. *Medioevo al femminile*. Roma: Laterza, 2005. 3-30.
- Casagrande, Carla. “La mujer custodiada.” Eds. Georges Duby & Michelle Perrot. *Historia de las mujeres en Occidente*, II. Madrid: Taurus, 1992. 93-132.
- Castiglione, Baldassare. Ed. Mario Pozzi. *El cortesano*. Madrid: Cátedra, 1994.
- Cervantes, Miguel de. Ed. Francisco Rico. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. 2 vols. Barcelona: Crítica, 1998.
- Córdoba de la Llave, Ricardo. *El instinto diabólico. Agresiones sexuales en la Castilla medieval*. Córdoba: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1994.
- Corsi, Dinora, ed. *Altrove. Viaggi di donne dall 'antichità al Novecento*. Roma: Viella, 2006.
- Demattè, Claudia, ed. *Félix Magno. III-IV*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001.
- Herbert L. Baird, Jr., ed. *Cuento muy fermoso de Otas de Roma*. Madrid: Real Academia Española, 1976.
- Díaz, Juan. *Lisuarte de Grecia*. Sevilla, 1526.
- Díez Borque, José María. *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, 1975.
- Egido, Aurora. *Las caras de la Prudencia y Baltasar Gracián*. Madrid: Castalia, 2000.
- García Herrero, M^a del Carmen. Ed. Ángela Muñoz Fernández. *Del nacer y el vivir. Fragmentos para una historia de la vida en la baja Edad Media*. Zaragoza:

- Institución “Fernando el Católico”, 2005.
- García-Romeral Pérez, Carlos. *Bio-bibliografía de viajeros españoles (siglos XVI-XVII)*. Madrid: Ollero & Ramos, 1998.
- Geneste, Pierre. *Le capitaine-poète aragonais Jerónimo de Urrea. Sa vie et son oeuvre ou chevalerie et Renaissance dans l'Espagne du XVI^e siècle*. Paris: Ediciones Hispanoamericanas, 1978.
- Gernert, Folke, ed. *Baldo*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2002.
- Gómez Moreno, Ángel. *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid: Gredos, 1994.
- González, Cristina, ed. *Zifar*. Madrid: Cátedra, 1983.
- González Vázquez, Marta. *Las mujeres de la Edad Media y el Camino de Santiago*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 1989.
- Guevara, Fray Antonio de. Ed. Emilio Blanco. *Relox de Príncipes*. [Madrid]: ABL Editor, Confres, 1994.
- Jiménez de Urrea, Jerónimo. *Clarisel de las Flores*. Biblioteca Apostólica Vaticana: Barberini, lat. 3610, s.a.
- Konetzke, Richard. “La emigración de mujeres a América durante la época colonial.” *Revista Internacional de Sociología* 9 (1945): 125-50.
- Lacarra Lanz, Eukene. “Changing Boundaries of Licit and Illicit Unions: Concubinage and Prostitution.” *Marriage and Sexuality in Medieval and Early Modern Iberia*. New York: Routledge, 2002. 158-94.
- Lawrence, Jeremy N. *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*. Salamanca: Biblioteca Española del Siglo XV, Diputación de Salamanca, 1989.
- León, Fray Luis de. Ed. Mercedes Etreros. *La perfecta casada*. Madrid: Taurus, 1987.
- Luján, Pedro de. Ed. Asunción Rallo Gruss. *Coloquios matrimoniales*. Madrid: RAE, Anejos del BRAE, 48, 1990.
- Maravall, José Antonio. *Utopía y contrautopía en el “Quijote”*. Santiago de Compostela: Pico Sacro, 1976.
- Marín Pina, M.^a Carmen. “El humor en el *Clarisel de las Flores* de Jerónimo de Urrea.” Eds. Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto Moro & María Sánchez Pérez. *Libros de caballerías (de “Amadís” al “Quijote”). Poética, lectura, representación e identidad*. Salamanca: Seminario de Estudios Medievales y Renacentistas, 2002. 245-66.
- . “La doncellas andantes en los libros de caballerías españoles: antecedentes y delimitación del tipo (I).” Eds. Armando López Castro & Luzdivina Cuesta Torre. *Actas del XI Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (León, 20-24 de septiembre de 2005)*, II. León: Universidad de León, 2007. 817-25.
- Martínez-Góngora, Mar. *Discursos sobre la mujer en el Humanismo renacentista español. Los casos de Antonio de Guevara, Alfonso y Juan de Valdés y Luis de León*. York, S.C.: Spanish Literature Publications Co, 1999.

- Maura, Juan Francisco. "Adelantadas, virreinas y aventureras en los primeros años de la conquista de América." *Lemir* 6 (2004), <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista6/Maura/emigración.thm>.
- Menéndez Pidal, Gonzalo. *Los caminos en la Historia de España*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1951.
- Morató, Cristina. *Viajeras intrépidas y aventureras*. Barcelona: Biblioteca De Bolsillo, 2001.
- Ortúñez de Calahorra, Diego. Ed. Daniel Eisenberg. *Espejo de príncipes y caballeros [El Cavallero del Febo]*. 6 vols. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1975.
- Páez de Ribera. *Florisando*. Salamanca, 1510.
- Pereyra, Carlos. *Las huellas de los conquistadores*. México: Porrúa, 1986.
- Quevedo, Francisco de. Ed. José Manuel Blecua. *Poesía completa*, II. Madrid: Turner, 1995.
- Rivera Garretas, María-Milagros. "Egeria: el viaje." *Textos y espacios de mujeres (Europa siglos IX-XV)*. Barcelona: Icaria, 1995. 39-50.
- Rodrigo Estevan, María Luz. "Viajeros y desplazamientos cotidianos a fines de la Edad Media. Daroca, sus caminos y sus gentes (siglo XV)." *Revista de Historia Jerónimo Zurita* 67-68 (1993): 103-37.
- Rodríguez de Montalvo, Garci. Ed. Carlos Sainz de la Maza. *Sergas de Esplandián*. Madrid: Castalia, 2003.
- Rodríguez Puértolas, Julio. *Cancionero de Fray Ambrosio Montesino*. Cuenca: Excma. Diputación de Cuenca, 1987.
- Romero de Cepeda, Joaquín. Ed. Ricardo Arias. *La Historia de Rosián de Castilla*. Madrid: CSIC, Clásicos Hispánicos, 1979.
- Roubaud, Sylvia. "Calas en la narrativa caballeresca renacentista: el *Belianís de Grecia* y el *Clarián de Landanís*." Ed. Jean Canavaggio. *La invención de la novela. Seminario Hispano-Francés organizado por la Casa de Velázquez, Madrid, Noviembre 1992-Junio 1993*. Madrid: Casa de Velázquez, 1997. 49-91.
- Sales Dasí, Emilio José. "Literatura de viajes y libros de caballerías: *La crónica de Adramón*." Ed. Rafael Beltrán. *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*. València: Publicacions de la Universitat de València, 2002. 385-409.
- . "Feliciano de Silva como precursor cervantino: el 'sermón' de Fraudador." *Voz y Letra* XIV/2 (2003): 99-114.
- Sanz Julián, María. *De Juan Fernández de Heredia a Juan de Burgos (1490): dos crónicas troyanas hispánicas*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2007, tesis doctoral en CD-ROM.
- Silva, Feliciano de. Ed. Javier Martín Lalanda. *Florisel de Niquea (Tercera Parte)*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1999.
- . *Cuarta Parte de Florisel de Niquea (Rogel de Grecia II)*. Salamanca, 1551.

- Stefano, Giuseppe di & M.^a Carmen Marín Pina, eds. *Palmerín de Olivia*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2004.
- Tate, R.B. “La geografía humanística y los historiadores del siglo xv.” Ed. Eugenio de Bustos Tovar. *Actas del Cuarto Congreso Internacional de Hispanistas celebrado en Salamanca, agosto 1971*. Salamanca: Asociación Internacional de Hispanistas, 1982. 691-98.
- Trujillo Maza, María Cecilia. *La representación de la lectura femenina en el siglo xvi*. Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2 vols., tesis doctoral, 2009.
- Wade Labarge, Margaret. *Viajeros medievales. Los ricos y los insatisfechos*. Madrid: Nerea, 1992.